

Primer día

de Víctor San Inocencio

(Artículo publicado en El Nuevo Día, lunes, 12 de agosto de 1991).

Cada agosto, comienza la primavera universitaria. Los recintos reciben al inicio de clases lo más noble y puro de la juventud puertorriqueña.

Ese primer día de clases es especialmente luminoso para quienes empiezan su carrera universitaria. Cuántas emociones se reflejan en sus rostros juveniles, en sus gestos y en todas sus expresiones de asombro en los albores de una larga búsqueda que no acaba.

Es que la Universidad supone desde el mismísimo primer día una transformación que no cesa de acontecer en el espíritu de los hombres y mujeres que allí se forman. De ahí, que todo el que llega a ser un buen universitario, no deja de serlo nunca, por más lejos que le toque estar de su alma máter.

Al principio pasan por las mentes de estos jóvenes las mismas preguntas que se han repetido a lo largo del tiempo. ¿Cómo me irá? ¿Quiénes serán mis maestros? ¿Cómo serán mis compañeros de clases? ¿Encontraré el salón? ¿Qué haré si me gritan "prepa"?

Cada minuto pasa a ser ocasión para descubrir nuevas cosas y para irse integrando a un mundo nuevo. Llama la atención la cantidad de gente. Verdaderas multitudes de jóvenes situados en el mismo punto de partida. Seres humanos que irán siendo moldeados; que se harán fuertes, más sensibles y un poco más sabios a medida que pase el tiempo.

La primera clase acaso se reúne a una hora inimaginable. A las siete de la mañana una educadora hará su entrada al curso de Humanidades, y luego de una brevísima presentación hablará de un señor llamado Aquiles y de los valores de algo que llamamos civilización occidental.

Estupefactos y mirándose las caras, cada quien reconocerá por primera vez los rostros de unos personajes de la vida real que con el correr del tiempo se convertirán en una especie de familia nueva, de la cual nunca realmente llegamos a separarnos.

Opera a partir de ese momento el primer gran milagro universitario. Jóvenes de los más distintos orígenes, credos y afiliaciones emprenden juntos una vida en la que el valor de cada uno va a venir dado por un signo de insuperable igualdad. Del caldo social más heterogéneo, surgirá una sola medida, la del respeto y el afecto, que unirá a estudiantes y profesores bajo un solo techo nivelador: el universitario.

Fuera del salón se escuchará un rumor que irá creciendo. Como no hay timbre que marque el final de la clase, llegado al punto previo de la aglomeración necesaria en la puerta, la charla sobre Aquiles y el ser se dará por concluida y todos saldrán a buscar su próximo salón a donde irán a conocer a un nuevo profesor.

En los pasillos atestados, se correrá la voz de que los estudiantes de segundo y tercer año han venido a la facultad a darles un recibimiento a los nuevos alumnos. Una colección infinita de bromas y burlas volverá a repetirse como cada año desde tiempo inmemorial. Resulta que estos estudiantes también fueron "prepas" y conocen la emoción, el susto y hasta del júbilo que hay en los corazones de los estudiantes nuevos. Para celebrar esta inauguración y recordar la propia con algo de nostalgia, acudirán ese día y toda la primera semana. No hay nada que temer. Se trata de un abrazo solidario y colectivo como sólo los universitarios suelen darlo.

Resulta, pues, que ese primer día de la primavera universitaria es como un día de fiesta. De nuevo al trájín, de nuevo a la brega a enfrentar nuevos retos y los retos de siempre... como sólo puede hacerse en la Universidad.

No faltan las hojas sueltas, ni las pancartas de bienvenida de las organizaciones estudiantiles. Es que la Universidad, el alma del cuerpo estudiantil, tiene muchas voces y nada se debe venerar tanto como el derecho a la expresión que cada universitario tiene.

Notará nuestro principiante que en la Universidad se estudian los cursos y las distintas materias; y que, además, se analiza en casi cada rincón lo que pasa en el país y en el mundo, y hasta en la propia universidad. Pues únicamente de esta forma es que opera el segundo gran milagro universitario: la Universidad nos enseñó a observar cuidadosamente todo lo que pasa a nuestro alrededor y lo que sucede más allá. Nos enseña también a mirarnos hacia nuestro interior. Intenta, además, proveernos herramientas para entender la sociedad en que vivimos y la naturaleza de la que somos parte.

He aquí cómo este gran edificio de afanes, saberes y quehaceres que es la Universidad recibe a los hijos de esta tierra ese primer día en que todo universitario verdadero, renueva su compromiso con el presente y futuro de Puerto Rico.

Los miles de novicios que ingresan a la Universidad ese día, contraen, acaso sin saberlo, un compromiso similar con su Patria. El tercer gran milagro universitario ocurre apenas instantes después de roto el cascarón: el universitario descubre desde muy pronto que ha venido a formarse allí para servirle especialmente a la escuela humana.

El desarrollo y crecimiento intelectual de un universitario sólo tiene sentido predicado sobre la base de que una mejor persona lo es mucho más, en tanto sus virtudes trascienden el umbral del propio provecho y se extienden o expanden para incluir el beneficio del prójimo.

Amigo lector, llegado este primer día de clase para esta generación que nace de universitarios, convendría que usted recordase aquel primer día en que usted o alguno de los suyos llegó a la Universidad y que animara, respaldara y felicitara a todo universitario que conozca, para que prosiga su búsqueda incansable por ese trabajoso y privilegiado camino que empieza hoy.